

YACHAY ADHIERE A UNA LICENCIA CREATIVE COMMONS

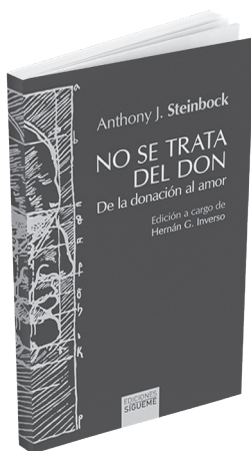
ATTRIBUTION-NONCOMMERCIAL 4.0
INTERNATIONAL – (CC BY-NC 4.0)



RESEÑAS

DOI: <https://doi.org/10.35319/yachay.202683197>

Steinbock, Anthony J. No se trata del don. De la donación al amor. Edición preparada por Hernán G. Inverso. Salamanca: Sígueme, 2023. 192 p. 21x13.5cm. ISBN: 978-84-301-2159-5.



Sobre el autor: su trayectoria y producción filosófica

Anthony J. Steinbock es un filósofo estadounidense y profesor de filosofía en la Universidad de Stony Brook en Nueva York. Considerado una de las

figuras más relevantes de la tradición fenomenológica contemporánea, debido a su profundo conocimiento de la filosofía husserliana y de la tradición posterior, alimentada por Derrida, Heidegger, Henry, Marion, Scheler y Levinas, entre otros. Su contribución a la filosofía fenomenológica comprende el estudio, la elaboración teórica y la aplicación práctica de esta corriente, desempeñándose además como director del Centro de Investigación en Fenomenología y editor en jefe de la revista *Continental Philosophy Review*.

El libro *No se trata del don. De la donación al amor* se inscribe en el conjunto de publicaciones de Anthony J. Steinbock que emerge de sus investigaciones en torno a la afectividad interpersonal. En contraste con los enfoques intelectualistas y relativistas –a los que interpela críticamente–, Steinbock se sitúa en una orientación fenomenológica centrada en la experiencia vivida, desde la cual problematiza las formas de normatividad social que tales enfoques presuponen o legitiman.

Sobre el libro: tema, hilo conductor y estructura temática

El libro que aquí nos ocupa trata del don y del amor, dos nociones que, en última instancia, determinan la cualidad de bondad en las personas. Sin embargo, al no ser suficientemente comprendidas, no logran cumplir ese propósito. La relevancia del tema de este libro de Steinbock radica en su esfuerzo por esclarecer las debilidades presentes en los análisis y planteamientos habituales sobre el don y la donación, y en respaldar la idea de que éstos no poseen un significado propio sino por el amor. Sin la relación que se establece entre el amante y el amado, el don no puede aparecer en su significado auténtico. No es el don el que crea la conexión entre ambos, sino que emerge de ella, instaurando un proceso de acompañamiento, de unión con el otro para liberarlo de la pobreza, la enfermedad, el sufrimiento y la infelicidad.

En este sentido, el libro desplaza la comprensión del don de su marco fenomenológico tradicional para situarlo en la noción de verticalidad, asociada con la experiencia religiosa. Así, este libro que habla del don no trata del don, sino de aquello que clarifica su auténtico significado anclado en la intersección filosófico/religioso/estético.

En otros términos, la relevancia del tema del libro consiste en cuestionar las concepciones tradicionales del don –intercambios cotidianos, limosnas, actos tácitos de generosidad, ejercicios convencionales de vinculación, etc.– y en llamar la atención sobre su dimensión interpersonal, basada en el amor, que le confiere un sentido tanto inmanente como trascendente, en su manifestación como actitud y como praxis. Esta clarificación del don es crucial, pues nos permite comprender mejor nuestra presencia y responsabilidad en el mundo de la vida.

A nuestro juicio, el hilo conductor del libro es el análisis crítico que Steinbock aplica a los diversos enfoques sobre el don, desde el análisis fenomenológico de la donación en Husserl –donde el término es retomado del antropólogo cultural Marcel Mauss, con sus matices de “donar”, “regalar” y “don”– hasta las elaboraciones filosóficas de Heidegger, Henry, Marion, Derrida y Maimónides. Steinbock no se limita a exponer estas perspectivas, sino que las interroga desde una posición que busca superar sus limitaciones, especialmente aquellas que reducen el don a una estructura de intercambio o a una categoría meramente fenomenológica. En su lugar, propone una comprensión más radical del don como expresión del amor, especialmente inspirada en Maimónides, enraizada en una relación vertical que remite a la experiencia religiosa que es el ámbito del amor y de la humildad. Esta orientación permite desplazar el foco desde el objeto donado hacia la dinámica relacional entre amante y amado, donde el don no es causa sino manifestación de una unión que libera, acompaña y transforma.

A continuación, presentamos la estructura temática del libro, desglosada en sus cinco capítulos y en sus conclusiones.

El Capítulo 1, que abarca desde la página 25 hasta la 53, expone que el don no se convierte en tal por su carácter sorprendente –una experiencia asociada a una emoción no moral–, sino por ser acogido en la “humildad”, entendida como una emoción moral o como una forma de relación interpersonal fundamentada en un valor. En este contexto, el don se revela como tal sin mediar una intención explícita ni ser objeto del amor interpersonal.

Para analizar la desvinculación entre el don y la sorpresa, se recurre a pensadores como Adam Smith, Donald Davidson, Daniel Dennett, Edmund Husserl, René Descartes, Immanuel Kant y Max Scheler. Por su parte Steinbock plantea esta distinción en los siguientes términos: mientras la sorpresa acontece

de manera correlativa a la vivencia emocional del sujeto, el don emerge como correlativo a la “experiencia de la humildad” en tanto emoción moral.

Una vez establecida la distinción entre la experiencia de la sorpresa y la del don, el Capítulo 2 –que abarca desde la página 55 hasta la 82– se centra en las distintas modalidades en las que el don y el acto de dar han sido tratados en la tradición fenomenológica, con especial énfasis en el pensamiento de Martin Heidegger. En este apartado, Steinbock examina la concepción heideggeriana del don y el dar, en un contexto de crítica a la maquinación (modo de pensar y actuar propio de la modernidad, donde todo lo existente se reduce a objeto manipulable y disponible para el control técnico y la planificación) y a la metafísica (entendida como historia del olvido del ser).

Desde esta perspectiva, Steinbock formula observaciones críticas que orientan el planteamiento de Heidegger hacia el ámbito de la individuación personal y la responsabilidad interpersonal. El concepto de “individuación personal” alude a la noción de que la persona no es un ente cerrado ni una sustancia fija, sino una realidad dinámica que se configura en el tiempo a través de sus relaciones, emociones y decisiones. No se trata simplemente de “ser distinto”, sino de un proceso continuo de constitución del ser-persona en apertura al otro. Este proceso cobra especial relevancia en el campo de las emociones morales –culpa, perdón, vergüenza, esperanza– que desvelan la interioridad y la hondura del sujeto.

Por otro lado, la “responsabilidad interpersonal” implica una respuesta libre y afectiva al llamado del otro, quien no es un mero objeto de mi conciencia, sino alguien que me interpela, que me “acontece” y exige una respuesta ética. Esta responsabilidad no se fundamenta en normas abstractas, sino en la vivencia concreta del don, el amor y el cuidado. Ambos conceptos, individuación personal y responsabilidad interpersonal, resultan claves para comprender la profundidad de la experiencia ética y afectiva entre las personas.

En el Capítulo 3, que va de la página 83 a la 124, Steinbock aborda la experiencia del don en el marco conceptual propuesto por Michel Henry, quien, desde una terminología religiosa, vincula el retiro, el dar y el don con la problemática del “olvido”.

El problema del olvido, inicialmente formulado por Husserl, remite al “olvido del mundo de la vida”, lo que genera una crisis en la integridad del desarrollo racional y en la realización plena de la humanidad. Por su parte, Michel Henry, dentro de la tradición fenomenológica, enlaza la noción del olvido con la teoría de la donación y el sentido del don. Apelando a conceptos de trascendencia (apertura a un horizonte externo) e inmanencia (autorrevelación interior de la vida), plantea que el olvido constituye una pérdida de la esencia original de la Revelación cristiana, nuestra condición de hijos de Dios en el Hijo, en Jesucristo. Es decir, la filiación humana a Dios, esencialmente no es autónoma ni directa, sino siempre en Jesucristo, el Hijo de Dios por naturaleza.

Para Henry, este olvido es ante todo el olvido de la vida subjetiva. En una cultura moderna dominada por la ciencia, la técnica y la objetividad, se ha marginado la experiencia interior, afectiva y encarnada del sujeto. Frente a ello, Henry propone como vía de superación un “comportamiento ético”, entendido como una actitud trascendental que se manifiesta a través de la renuncia al mundo –mediante la humildad y la pobreza–, en tanto caminos efectivos para recuperar la inmanencia y revertir el olvido.

La superación de este olvido requiere una auto-transformación que no se basa en el re-conocimiento intelectual, sino en el “hacer”: un hacer entendido como obras pías –alimentar al hambriento, vestir al desnudo, cuidar al enfermo, consolar al afligido, convertir al pecador y perdonar a los enemigos–. Este hacer, como obras pías, implica el olvido del ego y la conciencia de que Dios, o su Hijo, actúan en uno (Vida absoluta). Dichas obras generan una auténtica relación interpersonal fundada en el “amor interpersonal”, que debe ser el núcleo del don en su dimensión mundana.

El Capítulo 4 abarca las páginas 127 a 146 y analiza críticamente la noción del fenómeno “pobre” en Jean-Luc Marion.

Este análisis elabora e interpreta dicho fenómeno en relación con el modo de donación que Marion denomina “revelación”. Para este autor, la revelación concentra cuatro tipos de fenómenos saturados: el evento, el ídolo, la carne y el ícono, siendo la revelación el horizonte que los abarca a todos. Cabe señalar que un fenómeno saturado es aquel cuya intensidad de aparición excede la capacidad del sujeto para constituirlo o comprenderlo plenamente. Entre este tipo

de fenómenos está el “fenómeno del acontecimiento”, el “fenómeno estético”, el “fenómeno del rostro del otro” (Levinas) y el “fenómeno de la revelación”. Marion señala que, además de los fenómenos saturados, existen otros tipos, entre ellos el fenómeno “pobre” y el fenómeno común.

Frente al planteamiento de Marion, Anthony Steinbock propone otros modos de comprender la pobreza del fenómeno “pobre”. Para abordarlo de manera más integrada, sugiere que el concepto de fenómeno saturado debería abrirse a la verticalidad y al proceso de de-limitación fundado en el amar. Según Steinbock, el fenómeno pobre debe entenderse como un “fenómeno humilde”, es decir, un fenómeno que remite a la apertura de sí mismo desde las dimensiones verticales de la realidad. En este sentido, si se va a hablar de “pobreza” –dice Steinbock– debe hacerse en un sentido místico: la pobreza de espíritu como apertura a la Apertura o, más personalmente, como de-limitación vertical lograda a través del amor.

A partir de la consideración del don en términos de intercambio económico por parte de Jacques Derrida, y de la necesidad de poner entre paréntesis o reducir los aspectos asociados al don según Jean-Luc Marion, en el Capítulo 5 –páginas 147 a 172– Steinbock desarrolla la noción de don en el pensamiento de Maimónides. Según Steinbock, este filósofo judío sostiene que el significado del don se realiza plenamente como tal en la medida en que se vincula con otras personas con vistas a su liberación de las limitaciones materiales y espirituales. Para Maimónides, la forma más elevada de don y de dar conecta las dimensiones religiosa y moral de la experiencia, trasladando la cuestión del don al marco del amar vertical entre personas finitas y la Persona infinita o lo Sagrado.

Volviendo a Derrida, para este filósofo franco-argelino el don genera un contra-don en forma de obligación, demanda o deuda; en este sentido, el don se inserta en una estructura económica. Es más: el don puede convertirse en una forma de control o dominación sobre el otro, y es precisamente ahí donde se destruye como don, desaparece. Por ello, para Derrida, a fin de que el don se mantenga como tal, debe salir de la esfera económica basada en el intercambio. En su sentido puro, el don debe surgir de manera no provocada, espontánea, sin anuncio, sin recepción, abandonado e inmemorial (es decir, debe ser olvidado). Sin embargo, para Derrida, este don puro no existe, ya que el significado mismo del don reside en la economía. Por tanto, el don –si es que existe tal cosa– es la figura de lo imposible.

Aunque para Derrida todas las relaciones del don son económicas en algún sentido, para Jean-Luc Marion hay relaciones que no lo son. Este filósofo católico francés asume la crítica derridiana a la economía del don, pero va más allá al poner entre paréntesis (*epoché*) el movimiento económico, con el fin de captar el significado o sentido del don, del donador y de lo donado, en vistas a alcanzar la donación misma. Para Marion, es necesario abandonar la actitud natural en la consideración del don y situarse en una perspectiva fenomenológica. Es decir, tratar el don bajo sus propias condiciones, sus propias estructuras de “ser dado”; sólo entonces, el don reducido a la donación aparece como posible.

En el cierre del capítulo 5, Steinbock se alinea con Maimónides. Este filósofo judío habla del don recuperando algo que, según él, se ha perdido en Marion, Heidegger y Henry: en primer lugar, que el dar y el don admiten grados; en segundo lugar, que los modos de dar-el-don poseen siempre una significación interpersonal. La forma más elevada de dar-el-don tiene lugar en el contexto de un encuentro, una intervención directa, una participación con el otro a partir del amor.

Steinbock concluye el libro con una serie de reflexiones críticas –a modo de conclusiones– que subrayan la intención principal de su obra: en el análisis del don, propone una transición desde una filosofía del don hacia una fenomenología del amar. Asimismo, llama la atención sobre la imbricación entre las dimensiones morales y religiosas que se manifiestan en la experiencia del don.

A continuación, presentamos lo que, a nuestro juicio, constituyen los puntos más sobresalientes de las conclusiones expuestas por Steinbock:

– La cuestión no radica en si el don puede o no ser liberado de una economía, ya que su dinámica –el amor– se sitúa fuera de lo económico. Su ámbito es el de la creatividad y la libertad, no el del intercambio ni el de la lógica causa-efecto.

– El don, fundado en el amor interpersonal, tiene su fuente más profunda en el Amor inter-Personal infinito, es decir, en la Santidad.

– En el análisis del don, éste no debe ocupar el centro de atención. Lo verdaderamente central es la relación entre el amante y el amado, pues es esta relación la que permite que el don aparezca, que emerja.

– Amar no es útil ni pragmático. Cuando el amor se dirige hacia quienes sufren o están en necesidad, no lo hace por la necesidad o el sufrimiento en sí, sino por aquellos otros que son portadores de valor.

– El dar no debe realizarse en virtud del don o de la donación, sino en virtud del otro. Por tanto, la cuestión no es sacar el don de los términos del intercambio, sino comprender que la participación expresada en el dar-el-don se orienta hacia el otro. El nexa con el otro da sentido al don y a la donación, pues genera una experiencia de co-liberación o redención tanto del otro como de uno mismo.

– El nexa interpersonal debe entenderse como un proceso de acompañamiento: una práctica de estar-con-los-otros para escuchar, testimoniar y abogar en el esfuerzo por la liberación, en sus múltiples formas y consecuencias.

– Lo esencial no es el factor epistémico (si el donador es conocido o desconocido por el destinatario), sino la relación interpersonal. Y esta relación –de amante a amado– debe darse en un contexto de humildad.

En consecuencia, según los puntos mencionados, la forma más elevada de dar-el-don pertenece a la esfera moral o interpersonal y, al mismo tiempo, constituye el cumplimiento del mandamiento de conexión religiosa con el otro: “amar al prójimo”. Este mandamiento es una *mitzvá* (del hebreo: mandamiento u orden dada por Dios, que conecta al ser humano con lo divino y, en lo cotidiano, se traduce en una buena acción o un acto de bondad), que se cumple por amor dado libremente. En el amar a los otros, amamos a lo Sagrado. Cumplir el mandamiento por el mandamiento mismo determina la realización plena del amar. Por ello, lo moral no es posible sin lo religioso, y lo religioso se vuelve abstracto sin lo moral.

Víctor Romero tiene licenciatura en Filosofía por la Universidad Católica Boliviana, maestría en Educación Superior Universitaria por la Escuela Militar de Ingeniería, Cochabamba, y doctorado en Ciencias de la Educación por la Universidad Mayor y Pontificia de San Francisco Xavier de Chuquisaca, Bolivia. Es docente en la Universidad Católica Boliviana, sede Cochabamba, donde ha desempeñado también varios cargos administrativos.

E-mail: vromero@ucb.edu.bo; ORCID: <https://orcid.org/0009-0006-3883-9196>.